

podrá encontrar las citas de sucesos y autores que acompañan a los personajes de su novela.

Está inquieto con la producción artística de Rodrigo Silva y me pide que lo contacte con él en Ibagué. Rodrigo, con su alma de cantor y poeta le cuenta su versión sobre la fortuna que les tocó soñar, a él y sus hermanas. De ahí, los capítulos que tienen que ver con esas llamadas, conversaciones y la partitura que figura en la novela al igual que el epitafio: “El hombre empieza a morir el día en que nace y a valer el día que muere. Aquí yacen los huesos de un hombre y los restos de una historia”.

Basta decir ahora que este libro reivindica no sólo a una generación de escritores sino que augura la presencia definitiva de Ayala en la novelística nacional. Quizá no importa tanto que sus libros no llenen las vidrieras de las librerías o las páginas de los periódicos o revistas fletadas por las editoriales.

En algún momento, le había dicho que nosotros éramos una generación invisible pero él me

corrigió con vehemencia. ¡No! Somos la generación más visible y leída que todas las que nos sucedieron. Reflexioné y era verdad, si los libros no tenían la gran publicidad, nuestro trabajo jamás traicionó las permanentes visiones de mundo y literatura, sin esperar nada más que el respeto, el gusto y, a veces, la agonía de escribir. El mundo femenino y sus imponderables, la amistad y la intolerancia entrelazan la dicotomía entre el desamor, el abandono y el sentimiento puro desde la poética.

Encontré un lector avasallado por la novela, cuestionado no sólo por la anécdota sino por la escritura. Hernando Galeano, intelectual avezado, y gustador de la buena literatura me citó, de memoria, frases y pasajes que hicieron detener su lectura para confrontar la reflexión.

No tengo un peso y me llamo Silva ponderado por el jurado del concurso como el viaje por el país real e intelectual que deja la impresión de encontrarnos frente a un libro vigoroso, de lectura vertiginosa, con un ritmo narrativo desbordante. ■

Metáforas de los árboles, de José Atuesta Mindiola

José Luis Garcés González*

A partir del árbol el poemario se extiende hacia otros lares. Tierra, agua, sol y vegetales diversos, arena sin sosiego, piedra vigilante, mar sin límites. Todo, para reivindicar la vida, en todas sus gracias y lamentos. Es una voz con fe, la de este poeta. Merodeando o entrando a lo barroco, estos poemas tienen la fuerza legítima de la pasión creativa.



Atuesta se compromete con las expresiones esenciales del paisaje. Sabe que la tierra que pisa es su universo y cantarla es su tarea estética. Y

* Montería, 1950. Escritor y ensayista. Miembro fundador del grupo literario El Túnel. Dirige la revista y el periódico del mismo nombre. Su obra literaria ha sido reconocida tanto en Colombia como en el exterior. Ha publicado 18 libros entre poesía (*Corazón plural*, *Cuerpos otra vez*), cuento (*Oscuras cronologías*, *Aguacero contra los Árboles* –premio nacional libro de cuento UIS, 2007) y novela (*Entre la soledad y los cuchillos* –Segundo premio Plaza y Janés, 1985; *Carmen ya iniciada* –Primer premio de Novela Ciudad de Pereira, 1984). *Literatura en el Caribe colombiano. Señales de un proceso* es uno de sus libros de investigación.

no elude la palabra vegetal o frutal. Usa las de su entorno y sale victorioso con cada una de ellas.

Todo y todos giramos en torno a los árboles. Y cuando el árbol habla nos damos cuenta de cuánto ha penetrado por el río de la vida. No tiene dueño porque es de todos. Por allí transita el padre, quizá huyendo del verano. O el poeta que, buscando su “mazorca de agua” extravió su cauce. O quizá, asomado a una horqueta, el hombre de selva que observa un tigre (que no es el de Blake) acongojado por las astillas de su propia sombra. O el perro que logra la inmortalidad mineral mirando embelesado las garras del jaguar.

Hay poemas esenciales en esta obra. El lector sabrá buscarlos. En ella, toda la telúrica que nos es benévola acecha. Desde el árbol sin dueño o el árbol kogui (“ese guardián del aire”) que entiende que no vive para él solo, hasta la negra succulenta que mueve las caderas ataviadas con una pollera floral. O esa perla, en la que el colibrí no agita las alas sino que mueve los colores. Les recomiendo entrar a ese sólido follaje, de prosa y verso que es la textura de su cuerpo.

Montería, abril de 2010.

Datos de vida

José Atuesta Mendiola (o Mendiola)

Mariangola (Valledupar-Colombia) conocido también como “El poeta de los árboles”. Licenciado en biología y química por la Universidad Distrital de Bogotá en 1977 y especialista en la enseñanza de las ciencias naturales por la Universidad del Atlántico (1998). Columnista de algunas revistas regionales y del diario *El Pilón*. Ha publicado seis libros de poesías, dos de décimas y uno de historia local, *Sabanas de Mariangola*, premiado en el II Concurso de Historia Regional y Local del Cesar, convocado por la Universidad del Cesar (2007).

Ganador del primer concurso de poesía del departamento del Cesar (1986) y uno de los premiados del Concurso Nacional “Que descansen en paz la guerra” convocado por la Casa de Poesía Silva en Bogotá (2003). En el 2009 participó en representación de Colombia como ponente en el XVII Coloquio Iberoamericano de la Décima y el Verso Improvisado, en Las Tunas (Cuba).

Sus poemas han sido incluidos en varias revistas: *El Túnel* (Montería, 2003); *La Luna Nueva* (Tuluá, Colombia, 2005); *Revista Prisma*, Bogotá, 1996 (Separata-poetas de Colombia y otros países); *Revista del Festival Vallenato* (2003). En antologías: *La poética cesarense* (Valledupar, 1994); *Poemas al padre en la poesía colombiana* (Editorial Panamericana, 1997) y *Voces de fin de siglo de la poesía colombiana* (Epsilon Editores, 1999).

Dos poemas

Monólogo de un árbol citadino

Caligrama de fiesta son mis flores.
Soy silabario para los pinceles de la luz.
Para el mendigo, el sombrero de su alcoba.
Para el pájaro, el atril de su escritura.
Para el perro, la pared de su llovizna.

Para los alarifes del cemento,
soy un estorbo que frena
el tamaño mineral de su premisa,
un extraño en lugar equivocado;
sus amenazas de muerte me persiguen.

Pero soy más que un verde monumento
en la agitada ceremonia de las calles.
Soy testigo: de la noche que avanza con el
miedo,
de transeúntes perdidos en su sombra.
Y también soy testigo de mis floridos reclamos
que ululan la presencia de otros árboles.
Nadie quiere estar solo,
la soledad es carbón que deja el relámpago.

Breve visitante

Del mar soy un amante lejano
de su blanco tropezar,
un escultor de las espumas
que repasan acrobacias de alcatraces,
un admirador de su infinita orilla
bebiéndose el matiz del cielo.

De sus múltiples ojos en los arrecifes,
soy un inexperto.

Un enigmático a la magia del nautilus
que escondido en su caparazón
conserva su forma milenaria.
Incrédulo a los gemidos de las ballenas
cuando el tsunami regresa rebosante
de muertes.
Inepto a los secretos del pescador

que rema su canoa
por el brillante cristal de las escamas.
Soy un breve visitante de los epígrafes
ondulantes en la arena,
y un aficionado que escribe con la caligrafía
del agua
la magnífica belleza de tu cuerpo. ■

Cuentos para comenzar la noche, de Carmen Amelia Pinto

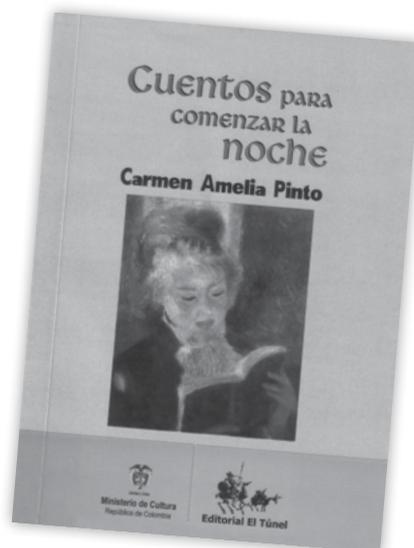
Naudín Gracián*

Volumen de cuentos cortos escritos en prosa firme, sin titubeos ni ripios, bien estructurados: de alguien que conoce y domina el oficio. En él se notan con facilidad los más de 20 años de lecturas, estudio, fundamentación y reescritura que empleó su autora para aparecer en las letras nacionales con un libro válido.

No está dividido en partes, pero podríamos decir, que sus textos corresponden a tres líneas: cuentos (sin más adjetivos), cuentos costumbristas y minicuentos.

El tema más recurrente en esta obra es la muerte, a veces desde una visión macabra; tienen preponderancia los personajes obsesivos, obtusos y vengativos. Podríamos decir que su aliento es algo árido, que su humor es negro; no obstante, aunque es notable la falta de amor de pareja en sus páginas, como lo resalta el prólogo, algunos de sus relatos son ricos en ternura y buenos recuerdos de personas amadas.

Se destaca en este volumen una característica poco común en la literatura: la forma de ver las cosas, que es la de un niño, sin que sean



historias añidadas ni narradas por chicos. O sea, que aunque son cuentos para adultos, algunos de sus episodios —como el del tipo que se tragó la noche— sólo son posibles desde una visión y una credulidad infantil. Y Carmen Amelia los relata como diciendo: “Esto sucedió así, y punto. Es defecto tuyo si no me crees”. Y le creemos.

A imagen y semejanza

Paulina miró desesperada hacia el cuarto de sus hijos. Los cuatro niños mongólicos habían desaparecido. No se explicaba cómo. Ellos siempre permanecieron encerrados y ni siquiera sabían caminar, sólo se arrastraban, arrastrando también sus lenguas que no les cabían en las bocas.

Los llamó por toda la casa, pero sabía que no contestarían, porque ellos no hablaban ni gemían ni lloraban.

Ella seguía buscando. El bosque no fue suficiente para hallarlos. Los buscó en toda la sel-

* Montelíbano, 1967. Licenciado en Educación Inglés Español. Especialista en Pedagogía de la Lengua Escrita. Docente. Sus textos han aparecido en numerosos periódicos y revistas. Escritor: Ha publicado 10 libros de narrativa entre cuento y novela. Ganador de reconocimientos en diversos concursos. Su última novela publicada, *Pequeñas bestias*, es premio nacional de corta.